



Proyecto de Mensaje Presidencial
al Diario El Nacional de Caracas

9 de Junio de 1992

Quisiera agradecer la invitación del Diario El Nacional para compartir con Uds. algunas reflexiones sobre los desafíos del desarrollo en América Latina y las posibilidades que en conjunto nos brinda la integración a la economía internacional.

El momento histórico por el que transita la América Latina sitúa naturalmente a la democracia como un tema central en la discusión relativa al desarrollo. Los chilenos lo sabemos muy bien. Puesto que por largo tiempo fuimos un país que no supo cimentar su convivencia sobre esa base de respeto recíproco que provee la democracia, pagamos durante muchos años el costo de la ausencia de un proyecto nacional, verdaderamente convocante, que orientara el trabajo de todos en la dirección del desarrollo.

Aprendimos, en lo fundamental, que la democracia es condición indispensable para un desarrollo estable, con componentes sustantivos de apertura y equidad. Es condición indispensable, insisto, porque es preciso gestar un consenso al interior del sistema político para que todos los sectores contribuyan, desde sus particulares espacios en el Gobierno o en la Oposición, a dibujar los rasgos fundamentales de un proyecto nacional de desarrollo sostenido por todos como una meta compartida y colectiva. Múltiples errores de su convivencia por un período prolongado de su historia --es que me parece central poner el tema de la apertura y el

desarrollo con equidad dentro del contexto de la democracia.

Nuestra primera convicción es que la democracia es, inevitablemente, una condición para el desarrollo y el libre intercambio. Sin democracia no habrá en nuestra región la posibilidad de un desarrollo estable. La estabilidad del desarrollo sólo se puede construir, por lo menos en nuestra experiencia, en la medida en que el sistema político es capaz de funcionar en la dirección de construir acuerdos sistemáticos entre las fuerzas políticas que están en el Gobierno y las que están en la oposición, para encontrar los rasgos fundamentales de un proyecto nacional de desarrollo que vaya más allá de la experiencia de un Gobierno en particular.

Hoy en día los gobiernos del continente compartimos metas en lo económico: buscamos la estabilidad, aparejada de una consolidación del crecimiento y de dosis crecientes de justicia social. En particular, hoy existe en América Latina un gran consenso sobre las ventajas de una economía abierta y competitiva. Gobiernos de diversos signos políticos han emprendido reformas análogas, bajando aranceles y reduciendo otras barreras. Observamos hoy en el continente un viraje de proporciones históricas hacia economías más abiertas y competitivas.

La experiencia de Chile en esta materia es decisiva. Elemento central de nuestra estrategia es la creciente integración de Chile a la economía internacional. En especial, pensamos que el comercio

debe ser motor central del desarrollo de países pequeños como los nuestros.

Hemos abordado este objetivo desde diversos ángulos. En el plano nacional, en 1991 hemos rebajado los aranceles aduaneros en más de un tercio, llevándolo a un 11 por ciento uniforme aplicado al total del universo arancelario. Esta rebaja fue aprobada con los votos del partido mayoritario de oposición, y por la casi unanimidad del Congreso. Tal apoyo indica el grado de consenso que suscita hoy en Chile la integración comercial.

Esta política reafirma también la posición de Chile como una de las economías más abiertas de la región y, posiblemente, del mundo. No se aplican en Chile cuotas, licencias previas o cualquier otro mecanismo administrativo para frenar el flujo de importaciones. Fuimos también el primer país del mundo en desarrollo en consolidar su nivel máximo de protección arancelaria en el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT).

El resultado de esta política comercial ha sido una rápida expansión de nuestro comercio. Las exportaciones han alcanzado un tercio del producto total. Nuestra canasta exportadora se ha diversificado drásticamente. El cobre aporta hoy menos de 40 por ciento de nuestros ingresos de exportación, comparado con más de 70 por ciento hace dos décadas. En los últimos años, productos agrícolas, forestales y marinos han experimentado gran crecimiento; lo mismo ha ocurrido con una amplia gama de manufacturas livianas.

Las cuentas externas de nuestro país muestran gran solidez. En 1991 el superávit comercial alcanzó a cerca de 1500 millones de dólares, con las exportaciones creciendo más de 10 por ciento en términos reales. Unido ésto a la exitosa renegociación de la deuda externa concluída en 1990 y al importante flujo de inversión hacia nuestro país, tenemos un cuadro global de amplia abundancia de divisas, las que podrán ser utilizadas para financiar el crecimiento futuro de la economía chilena. Proyectamos para 1992 un crecimiento de cerca de 7 por ciento, acompañado de una inflación decreciente y de la creación de un gran número de nuevos empleos.

Los acuerdos comerciales bilaterales son otro instrumento clave en esta estrategia de apertura económica. En una primera etapa, nos hemos concentrado en estrechar lazos comerciales con países de la región con los que percibimos una importante afinidad en la política económica y en que el proceso de reforma y apertura de mercados se halla substancialmente avanzado. En Septiembre de 1990 suscribimos un Acuerdo de Libre Comercio con México. Pronto nos gustaría hacer otro tanto con Venezuela.

Concebimos estos acuerdos como parte de una nueva generación de instrumentos comerciales en América Latina. Los esfuerzos de integración en el continente tienen una larga historia, no siempre exitosa. A pesar de una multiplicidad de documentos e instituciones de integración, las economías latinoamericanas han permanecido hasta hace muy poco relativamente cerradas al comercio mutuo. Pero hoy soplan vientos de cambio en nuestro continente. En la década de

los noventa, hay razones para esperar que la antigua aspiración de la integración regional esté empezando a concretarse.

A nivel mundial, sin embargo, no todas las señales son tan halagueñas. Existe el peligro de que se formen bloques regionales, con el consiguiente daño para el sistema multilateral y para las perspectivas del libre comercio. Al mismo tiempo existen sectores --el agrícola por ejemplo-- en que predomina el proteccionismo en vastas regiones del planeta. En América Latina vemos estos nubarrones en el horizonte internacional con gran preocupación.

Chile ha manifestado su decisión de trabajar al interior de organismos como el GATT --como lo están haciendo varios países latinoamericanos-- para eliminar las barreras de todo tipo que afectan al comercio. Corresponde ahora que otras naciones -- particularmente en el mundo industrializado-- impulsen una apertura profunda del comercio en áreas como agricultura y textiles. Apoyar una conclusión exitosa y pronta de la Ronda Uruguay del Gatt sería la mayor contribución que los países ricos pueden hacer al bienestar del mundo en desarrollo y de la economía mundial en su conjunto.

En este contexto, la Iniciativa de las Américas planteada por el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica es causa de optimismo. La visión de una zona de libre comercio de Alaska a la Antártida es audaz, y se ajusta a las aspiraciones e intereses de americanos del Norte así como del Centro y del Sur. Es ésta una

meta ambiciosa, y para alcanzarla deberemos transitar por una larga senda. Al mismo tiempo, se trata de una oportunidad importante que no debemos dejar pasar. Ello requiere moverse con prontitud, definiendo pronto y en conjunto los plazos, mecanismos y criterios para llevar a la práctica esta iniciativa. Es en este contexto que Estados Unidos y Chile decidieron recientemente iniciar el proceso que lleva a un acuerdo de libre comercio apenas concluyan las actuales negociaciones entre ese país, México y Canadá.

¿Qué significa todo esto para el desarrollo de nuestras naciones y el bienestar de nuestros pueblos? Pienso que América Latina enfrenta hoy una oportunidad única. Regionalmente, gozamos de una amplia mayoría de regímenes democráticos --los que debemos continuar perfeccionando y defendiendo-- y un consenso amplio en cuanto a estrategias de desarrollo. Internacionalmente, el fin de la guerra fría elimina la muy dañina polarización política e ideológica, abriendo así nuevas oportunidades para la cooperación y el comercio internacional. A este nuevo mundo, que ha cambiado tan drásticamente en los últimos años, nuestra región no puede sino integrarse. Con el tiempo, esta renovada integración internacional deberá redundar en mayor productividad y mejores condiciones de vida para nuestros ciudadanos.